

ALGUNOS INDICIOS ARQUEOLÓGICOS DE PERDURACIONES DE ELEMENTOS RELIGIOSOS EPIPALEOLÍTICOS HASTA EL III MILENIO BC EN EL ESTE DE ASTURIAS

Pablo Arias Cabal
Departamento de Ciencias Históricas.
Universidad de Cantabria

1. Introducción

Cualquier intento de reconstruir la religión de las sociedades prehistóricas supone internarnos en un terreno deslizante y sembrado de obstáculos, como señala acertadamente A. Leroi-Gourhan¹. A las enormes dificultades que plantea el abordar hechos espirituales por medio de las técnicas arqueológicas se le une, salvo en el caso de unos pocos grupos protohistóricos, la absoluta inexistencia de nexos culturales entre nosotros y las comunidades que tratamos de estudiar. Por todo ello, las investigaciones acerca de las religiones prehistóricas se suelen mover más en el campo de las hipótesis y las suposiciones que en el de los hechos comprobados. Obviamente, lo que acabamos de decir no implica que no se pueda abordar —de hecho se ha abordado— el estudio de este aspecto de la realidad desde un punto de vista científico, sino tan solo que el grado de certeza con el que nos movemos suele ser harto inferior al de otras especialidades de la historia.

El caso que pretendemos exponer en estas páginas participa de las limitaciones y dificultades a las que acabamos de aludir. Por ello, la presente comunicación tiene dos vertientes bien diferenciadas. Por una parte, la exposición crítica de una serie de indicios arqueológicos de fenómenos probablemente religiosos anteriores y posteriores a la neolitización, en el oriente de Asturias. Por otra, tratar de establecer relaciones entre ellos, y plantear algunas hipótesis acerca de la evolución del comportamiento religioso de las comunidades prehistóricas de esa región en un

momento de cambio económico. Son evidentes las diferencias entre las dos partes. La primera puede ser aceptable desde el más estrecho de los positivismos, pues se limita a la discusión de datos del registro arqueológico. La segunda, en cambio, está sujeta a un grado de incertidumbre mucho mayor, pero trata de averiguar algo sobre los fenómenos históricos, no se limita a documentar los restos materiales que éstos dejaron.

2. El contexto arqueológico local

Los indicios arqueológicos que vamos a discutir en este trabajo proceden de un área muy reducida del NE de Asturias: el límite entre los concejos de Llanes y Ribadedeva. Los epipaleolíticos han sido detectados en dos concheros asturianos: la cueva de Mazaculos (La Franca, Ribadedeva) y el abrigo del Molino de Gasparín (Bojes, Ribadedeva); los correspondientes al neolítico y el calcolítico, en la misma cueva de Mazaculos y en la necrópolis megalítica de la Sierra Plana de La Borbolla (Llanes). Todos estos yacimientos se sitúan dentro de un círculo de menos de 10 kilómetros de diámetro, a escasa distancia del mar, en una región constreñida por el sur por la abrupta sierra de Cuera.

² Véase ARIAS CABAL, P., *De cazadores a campesinos. La transición al neolítico en la región cantábrica*. Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 1991 para una justificación de las afirmaciones vertidas en este apartado. A lo largo de todo el trabajo utilizaremos como marco cronológica la escala de años de radiocarbono; por consiguiente, las fechas las damos en años antes de Cristo sin calibrar (BC).

¹ LEROI-GOURHAN, A., *Les religions de la préhistoire*. Paris, P.U.F., 1976, p. 1.

A partir de las dataciones absolutas, la secuencia del conjunto de la región cantábrica, y las comparaciones con los rasgos arqueológicos de regiones vecinas, se puede proponer la siguiente secuencia local para el tramo de la prehistoria que nos ocupa en esta comunicación².

Entre el 7000 y al menos el 4500 BC se desarrolla en la región el complejo industrial asturiense³, caracterizado por la importancia del utillaje pesado en cuarcita (picos asturienses, *choppers*), la pobreza y simplicidad del utillaje retocado en lascas, el predominio de la cuarcita en los restos de talla, y la escasez de la industria ósea, reducida a anzuelos, algunos huesos aguzados, y unos pocos bastones perforados. Parece corresponder a comunidades de cazadores y recolectores basadas en un sistema económico de espectro amplio, que se centraría en la explotación de los recursos forestales (caza del ciervo, el corzo y el jabalí, recolección de vegetales), complementada con el aprovechamiento del medio litoral (pesca, marisqueo en zonas de estuario o poco expuestas al oleaje) y de las áreas de roquedo (caza de cabras y rebecos). Uno de los rasgos más llamativos del asturiense es la no existencia de indicios de cambios significativos, ni en las técnicas de subsistencia ni en el utillaje, en los cerca de 3000 años de su desarrollo.

El milenio comprendido entre el 4500 y el 3500 BC (durante el cual en otras zonas de la región —Arenaza, por ejemplo— aparecen los primeros indicios neolíticos) está muy mal documentado en este sector del Cantábrico. A partir de mediados del IV milenio, nos encontramos con contextos neolíticos, en los que, a una industria lítica y ósea prácticamente idéntica a la asturiense, se le añaden cerámicas lisas (Mazaculos, La Cueva de Pendueles). Desde finales del IV milenio, se documenta también la construcción de grandes sepulcros megalíticos de tipo dolménico (capilla de Santa Cruz). Los sistemas económicos de estos primeros grupos neolíticos de la región parecen suponer una profundización del sistema de espectro amplio precedente. Es probable que se añada la explotación de las especies domésticas, pero ello, lejos de suponer el abandono de la ca-

za y la recolección, es paralelo a una intensificación de estas actividades.

A mediados del III milenio BC se incorpora una conspicua novedad arqueológica: las puntas de retoque plano invasor. Al mismo tiempo, se producen cambios importantes en la industria lítica, como el empleo sistemático de sílex procedentes de fuera de la región⁴, el cambio en las técnicas de talla, la multiplicación del utillaje laminar, parte de él con lustre de cereal... El uso del criterio habitual —pero poco convincente— de considerar a las puntas de retoque plano como indicador del inicio del calcolítico permitiría ponerle tal etiqueta al período. No obstante, si tenemos en cuenta que no hay pruebas de los cambios económicos, tecnológicos y sociales que justifican referirse a tal fase de la prehistoria, quizá sea más realista denominarlo *neolítico final*. En diversos yacimientos (Sierra Plana de La Borbolla, Llanos de Los Carriles, Hontoria, Nueva y Naves) se asocian estas industrias a túmulos, que, en los pocos casos en que han sido excavados, han mostrado estructuras de tipología no clásica, como cistas, hoyos abiertos en el suelo, etc.

Probablemente haya que esperar a finales del III milenio para encontrarnos en la comarca con indicios de metalurgia y otros cambios que permitan distinguir un verdadero período calcolítico, ya en la transición a la edad del bronce.

Una cuestión que conviene poner de relieve es la existencia de una más que notable continuidad, tanto desde el punto de vista industrial como desde el de las estrategias económicas, entre el asturiense y el primer neolítico. No sucede lo mismo con el mucho peor definido neolítico final o calcolítico antiguo, en el cual se comienzan a observar importantes cambios en los patrones de utilización de materias primas, las técnicas de talla, y el estilo del utillaje, con respecto a la tradición local.

3. Las evidencias

3.1. *Los enterramientos*

Comenzaremos por la tumba asturiense del Molino de Gasparín, conocida en ocasiones errónea-

³ VEGA DEL SELLA, Conde de la, *El asturiense. Nueva industria preneolítica*. Madrid, C.I.P.P., 1923; CLARK, G. A., *El asturiense cantábrico*. Madrid, Instituto Español de Prehistoria-Instituto de Estudios Asturianos (serie *Bibliotheca Praehistorica Hispana* XIII), 1976; GONZÁLEZ MORALES, M. R., *El asturiense y otras culturas locales. La explotación de las áreas litorales de la región cantábrica en los tiempos epipaleolíticos*. Santander, Centro de Investigación y Museo de Altamira, 1982.

⁴ ARIAS CABAL, P., «Utilisation différentielle des variétés de sílex au chalcolithique des Asturies orientales (Espagne)». *Le sílex de sa genèse à l'outil*. Tomo II. Paris, C.N.R.S. (*Cahiers du Quaternaire* 17), 1990, pp. 449-452.

mente como enterramiento o abrigo de Colombres. Dicha sepultura fue descubierta a principios de 1926 por un campesino que estaba abriendo un camino, e inmediatamente excavada por el P. Carballo, quien dedicó tres días (del 2 al 4 de enero de ese año) a la exploración del yacimiento. Poco después, publicaría este investigador la memoria de la excavación⁵, en la que describe, de forma un tanto confusa, los trabajos efectuados y las observaciones que durante ellos hizo.

La tumba del Molino de Gasparín se situaba junto al caserío del mismo nombre, en un pequeño abrigo inmediato al río Cabra. Según parece, no era un yacimiento exclusivamente funerario, sino «un conchero prehistórico de los muchos que se descubren en la costa cantábrica»⁶. El cadáver había sido depositado intencionalmente en el fondo de una estratigrafía de niveles de conchero, «casi en contacto con la roca base»⁷, a 1,40 m. de profundidad⁸. Lo cubría una masa de piedras y tierra, «sobre toda hacia la cabeza más que en las extremidades»⁹. Las piedras eran calizas sin seleccionar, del peso más o menos de un adoquín. Por último, se observa que «para descansar la cabeza había formado como un nido o cerco de estas piedras»¹⁰.

La cuestión del ajuar es bastante compleja. Carballo señala que sobre el mencionado cerco de piedras, «en un plano un poco superior y casi sobre la cabeza, estaban depositados tres hermosos picos Asturienses, de los mejor tallados y un alisador de arenisca»¹¹. Así mismo había «un hueso largo (tibia de ciervo) al lado de la cara»¹². Desgraciadamente, no podemos tener tanta seguridad como Carballo de que esos materiales fueran depositados como ajuar. Las razones son obvias:

1. La excavación no fue muy cuidadosa.
2. Desconocemos la posición estratigráfica de las piezas líticas. Se puede inferir que proceden de túmulo, pero ello no es seguro.
3. Aun cuando procediera ese material del túmulo no hay garantía de que haya sido depositado

⁵ CARBALLO, J., *El esqueleto humano más antiguo de España*. Santander, ed. del autor, 1926.

⁶ *Ibidem.*, p. 7.

⁷ *Ibidem.*, p. 14.

⁸ *Ibidem.*, p. 18.

⁹ *Ibidem.*, p. 24.

¹⁰ *Ibidem.*

¹¹ *Ibidem.*

¹² *Ibidem.*

¹³ *Ibidem.*

intencionalmente. Al cavar la fosa se pueden haber removido materiales más antiguos, y tanto el hueso como los picos y el alisador podrían estar cerca del muerto por casualidad.

No obstante, hemos de tener en cuenta que el excavador alude a una gran proximidad entre esos hallazgos y el cadáver, y que los concheros asturianos no son yacimientos excesivamente ricos en industria, con lo que la aparición de tres picos juntos no es un hecho que sea verosímilmente atribuible al azar.

Otra cuestión bastante delicada es la del ritual. Carballo apunta que el esqueleto estaba orientado de este a oeste, con la cabeza hacia levante y tendido a lo largo en decúbito dorsal. La cara estaba vuelta al norte, mirando al interior del abrigo¹³. Al parecer, el cráneo tenía un boquete circular del tamaño de un duro (se entiende que un duro de la época, es decir, unos 37 mm. de diámetro) pero de contorno menos regular y más ovalado. Tocaba la sutura del temporal con el parietal y algo del esfenoides. Según Carballo «esta trepanación fue hecha después de muerto o murió el individuo recién hecha, pues los bordes no presentaban reconstitución alguna del tejido orgánico»¹⁴.

A pesar de la seguridad que expresa Carballo en sus afirmaciones, cabe plantear reservas respecto a la exactitud de esos datos. Aunque en la monografía de la excavación se reproduce un dibujo en el que aparece completo el esqueleto, el texto indica que estaba prácticamente deshecho. Tenemos la certeza de que se conservaban el cráneo, las mandíbulas y las vértebras cervicales. Las vértebras dorsales y las costillas estaban pulverizadas. Los huesos largos se deshicieron al tocarlos. Los pies no fueron encontrados. La pelvis «casi nunca se conserva, así que fue imposible confirmarlo» (el sexo del muerto). Del resto del esqueleto nada se dice. Debía de estar en un estado de conservación pésimo, pues Carballo se justifica por no haberlo recogido diciendo que lo pudo describir al verlo en la excavación, pero que se pulverizaba sólo con tocarlo, o incluso soplando. En estas circunstancias, parece que se pueden aceptar las observaciones sobre la posición del cadáver, pero son razonables serias dudas sobre la realidad de la trepanación. Nada tendría de particular que se tratara de una rotura accidental pues:

1. Los huesos estaban casi deshechos.
2. El agujero se sitúa en una parte bastante frágil del cráneo.

¹⁴ *Ibidem.*, p. 27.

3. No se realizó un estudio antropológico, sino tan sólo unas rápidas observaciones *in situ*, bien es cierto que realizadas con la ayuda de un médico.

4. La falta de reconstitución del tejido testifica que no es imposible que fuese una rotura posterior a la sepultura de los restos.

La necrópolis de la Sierra Plana de La Borbolla es un complejo y extenso yacimiento arqueológico en el que se conservan 56 monumentos megalíticos y una amplia red de yacimientos de superficie¹⁵ de cronología comprendida entre el asturiense y el calcolítico. En su extremo occidental se alza la conocida estación de arte rupestre esquemático de Peña Tú¹⁶. Una buena parte de los túmulos fue excavada entre 1920 y 1923 por el párroco de Vidiago J. Fernández Menéndez. Desde 1982 a 1985 fue objeto de nuevas excavaciones, dirigidas por Carlos Pérez Suárez y el autor de estas líneas¹⁷. Los datos que vamos a exponer aquí proceden de los trabajos de Fernández Menéndez, descritos en cuatro artículos publicados entre 1924 y 1931¹⁸.

Los túmulos de Sierra Plana se alinean en dos llanuras elevadas (150 y 220 m. de altitud), de unos 8 Km², inmediatas a la costa. Constituyen un conjunto muy heterogéneo, tanto en lo que se refiere a las dimensiones, como a la estructura de la masa tumular, y a las construcciones interiores¹⁹. En este tra-

¹⁵ PÉREZ SUÁREZ, C. y ARIAS CABAL, P., «Túmulos y yacimientos al aire libre de la Sierra Plana de La Borbolla (Llanes, Asturias)». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 98 (1979), 695-715.

¹⁶ HERNÁNDEZ PACHECO, E.; CABRÉ, J. y VEGA DEL SELLA, Conde de la, *Las pinturas prehistóricas de Peña Tú*. Madrid, C.I.P.P., 1914.

¹⁷ ARIAS CABAL, P. y PÉREZ SUÁREZ, C., «Investigaciones prehistóricas en la Sierra Plana de La Borbolla (1979-1986)». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1983-86*. Oviedo, Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias, 1990, pp. 143-151.

¹⁸ FERNÁNDEZ MENÉNDEZ, J., «Monumentos megalíticos descubiertos en Vidiago». *Ibérica* XXI, 550 (1924) 23-31; «La necrópolis dolménica de la Sierra Plana en Vidiago. Primera estación neolítica descubierta en Asturias». *Ibérica* XXIII, 581 (1925) 360-364; «La necrópolis dolménica de la Sierra Plana en Vidiago. Primera estación neolítica descubierta en Asturias». *Ibérica* XXVII, 678 (1927) 312-317; «La necrópolis dolménica de la Sierra Plana de Vidiago». *Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria. Actas y Memorias* X (1931), 163-190.

¹⁹ Véase ARIAS CABAL, P. y PÉREZ SUÁREZ, C., «El fenómeno megalítico en la Asturias oriental». *Gallaecia* (en prensa) para un comentario detallado.

bajo nos interesan dos monumentos, los que el excavador denomina túmulo II de La Capilluca y túmulo del Llano de Las Mesas²⁰.

El primero de ellos era un túmulo de 10 m. de diámetro, rodeado por «piedras enhiestas e inclinadas hacia el centro»²¹, compuesto por una sucesión de capas de tierra y arcilla. En el centro, sobre una capa de arcilla endurecida, había un grupo de piedras en aparente desorden. Bajo ellas, «la azada dejó al descubierto una oquedad» y se continuó profundizando, lo que permitió localizar una supuesta piedra de molino y un pico asturiense sin señales de haber sido usado, junto al que se recogió un percutor, un machacador y varias lascas de sílex²².

El túmulo del Llano de Las Mesas también tenía 10 m. de diámetro. Hasta 1,5 m. de profundidad lo formaban tierras negruzcas y sueltas. Bajo ellas había una espesa capa de arcilla muy endurecida, la cual cubría unas grandes piedras en aparente desorden, entre las que se recogió un hacha pulimentada, «un triturador de granos y un trocito de mineral de hierro», así como un pico asturiense²³.

Lamentablemente, Fernández Menéndez no incluye en sus trabajos ni planos ni fotografías de estas dos estructuras. No obstante, parece probable que la primera estuviera intacta, al menos el agujero donde apareció el pico, el cual, por las profundidades que se citan, probablemente estuviera abierto en el suelo sobre el que se asentaba el monumento.

En el caso del túmulo del Llano de Las Mesas es imposible determinar si el pico asturiense tenía o no relación con la estructura central. Según Fernández Menéndez apareció en un contexto removido por buscadores de tesoros. Ahora bien, hemos de tener en cuenta que este investigador excavaba con el prejuicio de que iba a encontrar cámaras megalíticas clásicas, de tipo dolmen o cista, y que en Sierra Plana la mayoría de las estructuras conocidas no se ajusta a esos modelos. Por ello, no es inverosímil que tomara una estructura no dolménica por los restos de una cámara destruida. A este respecto, conviene tener en cuenta que los ortostatos supuestamente desordenados se encontraban bajo una espesa capa de arcilla endurecida, lo que podría querer decir, aunque no es seguro, que estuvieran sellados por una capa intacta.

²⁰ Corresponden, respectivamente, a los números 15 y 2 de nuestro catálogo (PÉREZ y ARIAS, o.c.).

²¹ FERNÁNDEZ MENÉNDEZ, J., «La necrópolis...» (1927) 314.

²² *Ibidem.*, p. 315.

²³ *Ibidem.*, p. 316.

En todo caso, resulta indudable que en la necrópolis de Sierra Plana se localizaron dos picos asturienses, uno de ellos en el interior de una estructura intacta de carácter verosímilmente funerario.

3.2. *El arte mobiliario*

En la cueva de Mazaculos²⁴ se ha recogido un interesante lote de cantos pintados. Todos ellos son grandes cantos rodados o plaquetas de arenisca, de entre 5 y 20 cm. de longitud, con manchas de pintura roja en su superficie. En general, dichas manchas son irregulares, aunque en algún caso forman un círculo o un anillo, rodeando con colorante un área circular sin pintar. Una de estas piezas apareció en el fondo de la estratigrafía asturiense (nivel 3.3, relleno de la superficie 3A), ya en contacto con la arcilla sobre la que se asientan los niveles epipaleolíticos del yacimiento. De dicho nivel procede la muestra de carbón que ha proporcionado la datación de ¹⁴C GaK-6884: 9240 ± 440 BP. El resto procede de los estratos con cerámica: seis ejemplares del paquete más antiguo (niveles A3 y A2 fondo) y dos del superior (niveles A2 y A2 base).

Es delicada la tarea de determinar el significado de estas piezas. De su observación detallada se deduce que, al menos algunas, han sido pintadas intencionalmente, que no cabe atribuir las manchas rojas a actividades funcionales o a teñidos accidentales por óxidos de hierro presentes en los sedimentos en los que han estado los cantos. Por lo tanto, con los criterios que se suelen utilizar en los estudios prehistóricos, entrarían en el amplio y heterogéneo conjunto del arte mobiliario y en el no menos variado de las posibles manifestaciones de comportamiento religioso.

Por otra parte, es interesante recordar que otros contextos neolíticos de la región cantábrica (Les Pedroses, nivel III de Santimamiñe, neolítico de Lumentxa, El Baradal)²⁵ han proporcionado piezas análogas a éstas.

²⁴ Aún no se ha publicado la memoria completa de las excavaciones efectuadas entre 1976 y 1983 por M. R. González Morales y M. C. Márquez Uría. El avance más completo es GONZÁLEZ MORALES, M. R.; MÁRQUEZ URÍA, M. C.; DÍAZ, T. E.; ORTEA RATO, J. A. y VOLMAN, K., «Informe preliminar de las excavaciones en el conchero asturiense de la cueva de Mazaculos II (La Franca, Asturias), Campañas de 1976-78». *Noticiario Arqueológico Hispánico* 9 (1980), 35-62. Se pueden encontrar un análisis de las industrias en GONZÁLEZ MORALES, M. R., *El asturiense...* y en ARIAS CABAL, P., *De cazadores a campesinos...*

²⁵ Véase ARIAS CABAL, P., *De cazadores...*, pp. 234-237.

4. Valoración de las evidencias

Los datos que acabamos de exponer son susceptibles de numerosas críticas. Comenzando por los contextos funerarios, el problema fundamental es que han sido excavados hace muchos años, y las publicaciones en las que nos tenemos que apoyar adolecen de deficiencias graves, como la falta de documentación gráfica, y una actitud de los investigadores más orientada a la interpretación que a la observación y a la descripción objetiva. No obstante, se repite un interesante dato en los dos tipos de contexto que hemos estado estudiando: la aparición en zonas intactas, integradas en la cámara funeraria, o al menos contiguas a ella, de un útil lítico muy particular: el pico asturiense. Además, hemos de hacer notar que tanto en el Molino de Gasparín como en Sierra Plana había picos asturienses con la punta sin desgastar —circunstancia totalmente atípica en este género de útiles— según observa Fernández Menéndez para el yacimiento llanisco, y según hemos podido comprobar personalmente en las piezas del Molino de Gasparín conservadas en el Museo de Prehistoria y Arqueología de Santander (los picos de Sierra Plana se han perdido).

Ahora bien, el hecho de que los picos hayan sido depositados de forma intencional no implica necesariamente que tengan un carácter de ofrenda. No es éste lugar para discutir una cuestión tan compleja como el establecimiento de las condiciones necesarias para que sea lícito aceptar qué parte de los materiales encontrados en una tumba puede ser considerada ajuar. A ello hemos de añadir que rara vez están las sepulturas prehistóricas tan bien conservadas como para poder enfrentarse a este problema. No obstante, en el caso de Sierra Plana, necrópolis que se caracteriza, como la mayoría del megalitismo asturiano, por la pobreza en restos industriales, parece razonable aceptar que las piezas halladas en la estructura central sean parte de algún depósito ritual. Al problema del Molino de Gasparín, más vinculado a deficiencias en el registro durante la excavación, ya hemos aludido anteriormente. Por último, hemos de poner de relieve una vez más la excepcionalidad de que en ambos yacimientos se empleen picos probablemente sin usar, lo que podría reforzar la hipótesis de que su presencia en las tumbas fuera relacionable con algún aspecto del ritual.

Otra cuestión distinta es el significado de la repetición en el neolítico o en el calcolítico de hechos observados en el asturiense. No se puede negar que

es llamativo que el elemento más característico del conjunto recogido en la única tumba conocida de ese complejo industrial epipaleolítico vuelva a aparecer en monumentos megalíticos cercanos. No obstante, y aun aceptando que todo material recogido en una cámara funeraria forme parte del ajuar, siempre queda la duda de si realmente querrá decir algo el pico asturiano en sí, o lo que ocurre es que se depositan en la tumba objetos de uso cotidiano —hecho documentado en gran número de contextos funerarios— y, por consiguiente, es una coincidencia que este instrumento, incluido de la panoplia de las dos culturas que estamos considerando, aparezca en los enterramientos. No obstante, hemos de recordar que, tanto en los contextos asturianos como en los posteriores del oriente de Asturias, el pico es un útil presente, pero escaso, lo que despoja de la mayor parte de su fuerza de convicción al argumento precedente.

El asunto de los cantos pintados es distinto. Parece que caben pocas dudas sobre el carácter no casual de su perduración tras el asturiano. Lo que es menos evidente es que sean necesariamente indicios de fenómenos religiosos. Como hemos apuntado más arriba, se trata de piezas sin ninguna utilidad funcional aparente, lo que, empleando los —muy discutibles— criterios al uso en los estudios prehistóricos, aconseja adscribirlos al mundo de los indicios de fenómenos espirituales, pero ello no es una conclusión absolutamente sólida, sino tan solo una suposición relativamente fundada.

5. Reflexión final

Parece evidente que existen diferencias importantes entre las formas religiosas del epipaleolítico avanzado del oriente de Asturias y las que se documentan en esta misma región en los milenios IV y III BC. Al menos son claras en lo que menos deficientemente conocemos: las construcciones funerarias. Poco tiene que ver una simple sepultura individual en fosa en el propio lugar de habitación con una construcción monumental megalítica. No obstante, son precisamente esos cambios tan evidentes, y la probable relación de algunos de ellos con influencias exteriores, los que hacen más llamativas las posibles perduraciones que hemos comentado. Se transforman los grandes esquemas, la organización misma del espacio funerario, pero, aparentemente, sin romper del todo con aspectos menores de la religión precedente.

Resulta inevitable conectar esta posible herencia de algunos aspectos de la religión epipaleolítica con la evidencia, mencionada más arriba, de la continuidad entre los grupos asturianos y las primeras comunidades neolíticas de la región en las técnicas de talla, la estructura y diversos rasgos estilísticos de la industria lítica y ósea, así como en diversos aspectos de la estrategia económica.

Una interpretación un tanto simplista, pero obvia, es que ambos paralelismos podrían derivar de la existencia de cierta continuidad cultural entre las últimas sociedades de cazadores-recolectores y los grupos que ocupan la región en los siglos siguientes a la neolitización.

Sin embargo, ¿hasta dónde llega esa continuidad? Resulta difícil saberlo, pero parece, a la vista de la información disponible acerca del ritual funerario, que, poco después de la neolitización, se producen profundos cambios en aspectos importantes de la religión. Qué relación pueda esto tener con las modificaciones en la base de subsistencia no lo sabemos. Cabe aventurar que el incremento del dinamismo social y la inestabilidad que parece suponer la neolitización local requiriera cambios profundos en la organización social, que pudieran verse apoyados por nuevas creencias, más acordes con las nuevas condiciones de subsistencia que las precedentes. A este respecto, resulta sugerente observar la adecuación entre los rasgos de los nuevos modos funerarios y los cambios económicos. A una sociedad en la que posiblemente vayan adquiriendo importancia numerosos trabajos colectivos propios de las actividades agrícolas y ganaderas (rozas, siega...); a una sociedad en la que el incremento demográfico y la tendencia a la reducción de la movilidad le deben de ir cerrando esa válvula de escape a las tensiones sociales que es la escisión del grupo, le resulta muy apropiado un ritual funerario como las inhumaciones colectivas monumentales (y, posiblemente, su trasfondo mítico), que requieren un trabajo de toda la comunidad y que se convierten, con su presencia permanente y destacada en el territorio, en una referencia visible, materializada, de la unidad del grupo²⁶.

No obstante, como hemos señalado, los datos disponibles apuntan a que no se habría adoptado

²⁶ No es nuestra intención, de todas maneras, caer en un reduccionismo inaceptable y ligar las transformaciones en materia religiosa exclusivamente a su inadecuación a las nuevas condiciones económicas. Es evidente que los fenómenos religiosos, sin ser totalmente independientes de la base material de la subsistencia, poseen una dinámica propia.

una religión extraña de una forma completa. Aparentemente, se conservan objetos de arte mobiliario de tradición epipaleolítica, y probables puntos de contacto en la concepción de los ajuares con los tiempos preneolíticos. Incluso cabe preguntarse si la abundancia en la región de las estructuras atípicas en túmulos se podría entender como el resultado de la adaptación de modelos foráneos por las poblaciones de origen epipaleolítico de la región.

Parece, por tanto, que, al igual que sucede con la cultura material, el comportamiento religioso de algunos grupos que ocupan este sector del Cantábrico durante los milenios IV y III BC se caracteriza por la convivencia de novedades, similares a las que se presentan coetáneamente en otras regiones peninsulares, con rasgos heredados del epipaleolítico avan-

zado local. ¿Nos hallamos ante indicios de algún tipo de sincretismo entre creencias de los grupos epipaleolíticos y las relacionadas con el megalitismo del NO de la Península Ibérica? ¿Se trata sólo de una convivencia de aspectos externos de ambas? Aquí nos topamos con el problema de la opacidad de las técnicas arqueológicas para la indagación en el campo de las creencias. Téngase en cuenta también la escasez de información: lo que sabemos son sólo unas pocas pinceladas procedentes de un cuadro complejo, correspondiente a diversas comunidades distribuidas a lo largo de varios milenios. Por tanto, resulta imposible pasar de la constatación de que perduran ciertos aspectos —cuya importancia en el conjunto de la religión nos es imposible valorar— desde el asturiense hasta los milenios IV y III BC.